

Reirse de sí mismo

El robo de la cañonera

HÉCTOR SÁNCHEZ

Pijao Editores, Ibagué, 2011, 212 págs.

AUNQUE EL relato de los andares y tribulaciones de Fortunato Lezna abarca el amplio margen que va desde su primera adolescencia hasta su vejez, en él pareciera que “esa edad generosa en que primero se aborda el tren y luego preguntamos a dónde se dirige” se hubiere instalado para siempre. Y con ella, de manera más o menos consciente, la vieja doctrina oriental según la cual “El mundo del destino no puede ser deshecho y nada en este mundo es el resultado de nuestros actos”. La aplicación generosa de esta máxima, en múltiples momentos y según condiciones a cual más caprichosas e inesperadas, atraviesa como una especie de eje neural la constelación de hechos y peripecias que el escritor Héctor Sánchez nos presenta en esta novela, titulada *El robo de la cañonera*.

Pues sea en medio de las circunstancias que rodearon su juventud, cuando intentaba posicionarse como cantante de la mal signada banda de Los Sonámbulos –al mismo tiempo que perseguía a través de una correspondencia tan delirante como copiosa ser aceptado como miembro de la Legión Extranjera–, sea extraviado en medio de la inmensidad tumultuosa del río Amazonas, más que desacomodado en su condición de infante de marina y soldado de la patria, o sea aplastado literalmente por el ridículo y la vergüenza en su último esfuerzo por posicionarse en el mundo musical, Fortunato deambuló por el mundo que le cupo en suerte como un alucinado. Entregado al azar, perseguido por la casualidad, arrojado de un lugar a otro según los dictámenes misteriosos e inapelables de su propia naturaleza convulsiva y de los acontecimientos sorprendentes del mundo que parecía divertirse a su costa, su vida se deslizó con la lógica imprevisible y cruel del humor negro.

Fortunato intentó en varias oportunidades colocarse en el territorio de lo convencional, pero sus esfuerzos siempre fueron vanos. A sabiendas

de que contaba con un don, desde muy temprana edad se impuso la tarea de hacerlo visible y de construir su subjetividad alrededor de él. Era cantante, un buen cantante, pero su naturaleza, empecinadamente tímida, le impedía ejercerlo con solvencia y las más de las veces, cuando menos en su primera infancia, tuvo que acudir a esa revancha triste de los vencidos que invocan para su defensa el éxito y la felicidad que seguramente lo hubieran acompañado de haberse decido por saltar a la palestra, y de no haberse quedado simplemente inerte, mudo y envenenado de amargura. Al final, decía entonces para darse ánimo, son ellos los que se lo pierden. Pero de esa manera nadie puede vivir durante mucho tiempo y entonces, madurando la mocedad, decidió ir más allá, y con la complicitad de una manada de adolescentes tan marginales y desorientados como él, se convirtió durante algún tiempo en el vocalista de una banda de música que hubiera podido ser muy importante, de no haber sucedido el encuentro inesperado del trombonista, personaje indispensable, con una alemana voraz y determinada que se lo arrastró consigo como quien acarrea un *souvenir* curioso atrapado en medio de los torbellinos exóticos del tercer mundo. Un abandono contundente, que no sería el único en una cadena ininterrumpida desde entonces, y que determinó su destino. Quizá este fue el momento en que emplazó los mojones sobre los cuales iría a construir el aparato descabellado de su vida: si todo va a terminar, mejor que termine pronto, así cuando menos se cuenta con el espejismo de haber sido principio activo de la debacle. En efecto, el mal paso darlo aprisa y entonces, antes que todo se vuelva más inmanejable, renunciar, saltar él también de la embarcación y dejarlo todo de inmediato. Ya que se ha de perder, a sabiendas de que la lucha será inútil, evitarse la amargura de la derrota e inmolarse con mano propia. Fortunato comunica a sus compinches su determinación y unas horas más tarde, medio desvencijado luego de la ceremonia del adiós, mientras conversa con su amigo Florentino Villa, el banderillero, recibe una carta.

A pesar de haberse ejercido como un incansable corresponsal durante mucho tiempo, la experiencia epistolar

de Fortunato fue más que decepcionante. Sus innumerables mensajes, enviados con la más inverosímil terquedad, fueron correspondidos a vuelta de correo con las cosas más inútiles. Propagandas, fruslerías y al final siempre la misma espera. No era de extrañar. Cualquiera que se hubiera propuesto ingresar a las fuerzas armadas francesas a fuerza de solicitudes delirantes hubiera pasado por lo mismo, de manera que su sorpresa al recibir esta misiva fue indescriptible. Pero allí no estaba el servicio de la misión extranjera abriéndole la posibilidad de mudar su destino en tierras europeas, si no el Ministerio de Defensa colombiano emplazándolo para que cumpliera con su deber de ciudadano y patriota en el ejército nacional. Imaginó que iba a evadir su responsabilidad de alguna exótica manera, pero no lo hizo.

Pero su deambular como infante de marina destinado a la defensa de la soberanía a lo largo y ancho de la enorme cuenca del río Amazonas se tiñó, cuando menos en un principio, con los matices de una determinación. Sería soldado, cumpliría con su obligación y entonces, legitimado mediante el ejercicio de un rol ejercido a cabalidad y blandiendo los correspondientes papeles en la mano, podría encontrar un lugar en el mundo de los hombres. Y así, mal que bien, llevando a su pesar las espesuras de este nuevo intento de ingresar a la realidad, adelantó un peregrinaje abarrotado de encuentros y desencuentros, de ires y venires, de soledad y de fugaces escauceos eróticos. Fue entonces cuando conoció a Justina Pinzón, con quien llegó a contemplar la posibilidad del amor.

Pero entonces volvió a suceder. Esta vez por el capricho de la maquinaria que en mal momento dejó de funcionar y que los convirtió, de un momento a otro, en una especie de naufragos extraviados en la selva. Ya para entonces el cabo Aristóbulo Mesa, la autoridad de a bordo, había dado claras muestras de la rispidez de su carácter y había acogido, como si cualquier cosa, a una mujer en calidad de querida y privilegiada a bordo de la cañonera. Guadalupe Reyes se convirtió en la reina de a bordo, y entonces, cuando las condiciones se hicieron tan particulares, lejana toda eventualidad

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>de control o vigilancia, aquel grupo de soldados de la patria se fue deslizando hacia la más exótica desfachatez sin prever que el momento del ajuste de cuentas llegaría. Y así, luego de que la patrulla de rescate, impactada ante el espectáculo de “una columna de artilleros desarmada, en trajes de turistas, bebiendo cócteles como si les sobrara el dinero, fumando puros como jefes de gánsters, escuchando la música que gusta a la canalla y, para que nada faltara, una puta disfrazada de coronela y un mamarracho vestido de cantante”, todo se desencadenó.</p> <p>Pero esta vez el desenfoque fue de gran calado. Pues a pesar de no compartir la demencia del cabo Mesa, de repente convertido en jefe de La Guadalupeana, una barca pirata, entregada al pillaje y a la búsqueda del poder por las vías que fueren precisas, tuvo que aceptarse como parte de la partida y luego como eventual ahogado en las aguas tumultuosas del río. No le bastó con rechazar la empresa de aquel Aguirre resucitado, enardecido por la selva, arbitrario y rencoroso en el ejercicio de un poder sin contestación posible. Poco importó que al cabo pudiera recuperar, en su calidad de muerto, algo de su independencia, sus movimientos no se revelarían nunca tan involuntarios, tan fieles a un orden desconocido, ajeno, incuestionable.</p> <p>Los tantos otros avatares que atravesaría la existencia de Fortunato Lezna, hasta el final de la narración, son otros tantos argumentos a favor de la idea de la irracionalidad de la existencia. Sus vericuetos íntimos lo asomaron, es cierto, a la experiencia siempre repetida de la culpa y el arrepentimiento, pero siempre le trajeron la misma imagen repetida hasta el cansancio: el abandono, la huida, el miedo, la incapacidad de ser feliz. Fortunato se siente perpetuamente agraviado: por no haber sido convocado por la legión extranjera, por no haber conseguido ser cantante, por abandonar a sus amigas y amigos, por haber caído en el círculo voraz del cabo Mesa, pero siempre recurre a la misma estrategia que se ha de convertir en marca y señal de su estar en el mundo: la imposibilidad de hacerse cargo de sí mismo. Su condición de héroe absurdo que persigue lo imposible, que equivoca sus propósitos, que yerra y se precipita en</p>	<p>el ridículo como un fante maneja- do por manos irónicas y rencorosas da cuenta de una suerte de constante que pareciere convocar un oscuro centro de nuestro espíritu colectivo. Pues no es solo él quien mide, con el pasar de los años, la amargura de su borrache- ra; los otros tantos personajes que lo acompañaron en su errancia comparten esa misma condición: el torero de repente traidor a su propia esperanza que intenta rescatarse acometiendo empresas imposibles, el trombonista mutado en comerciante, rico y culposo, tratando de avivar fuegos extintos que lo amargan, la cantante que tras el más vivo esfuerzo y la mayor concentración, ya en escena rompe su propia voz y naufra en el ridículo. Y sin embargo, esa intuición terrible que hace presen- cia en este texto, y que atraviesa como un fantasma burlesco buena parte de nuestra tradición cultural, se equilibra al final con la presencia de un perso- naje, el propio Fortunato, que sobre los vestigios humeantes de su vida, con- quista la equívoca, pero contundente, fortuna de reírse de sí mismo.</p> <p style="text-align: center;">Rafael Mauricio Méndez Bernal Profesor de la Facultad de Artes ASAB Universidad Distrital Francisco José de Caldas</p>	